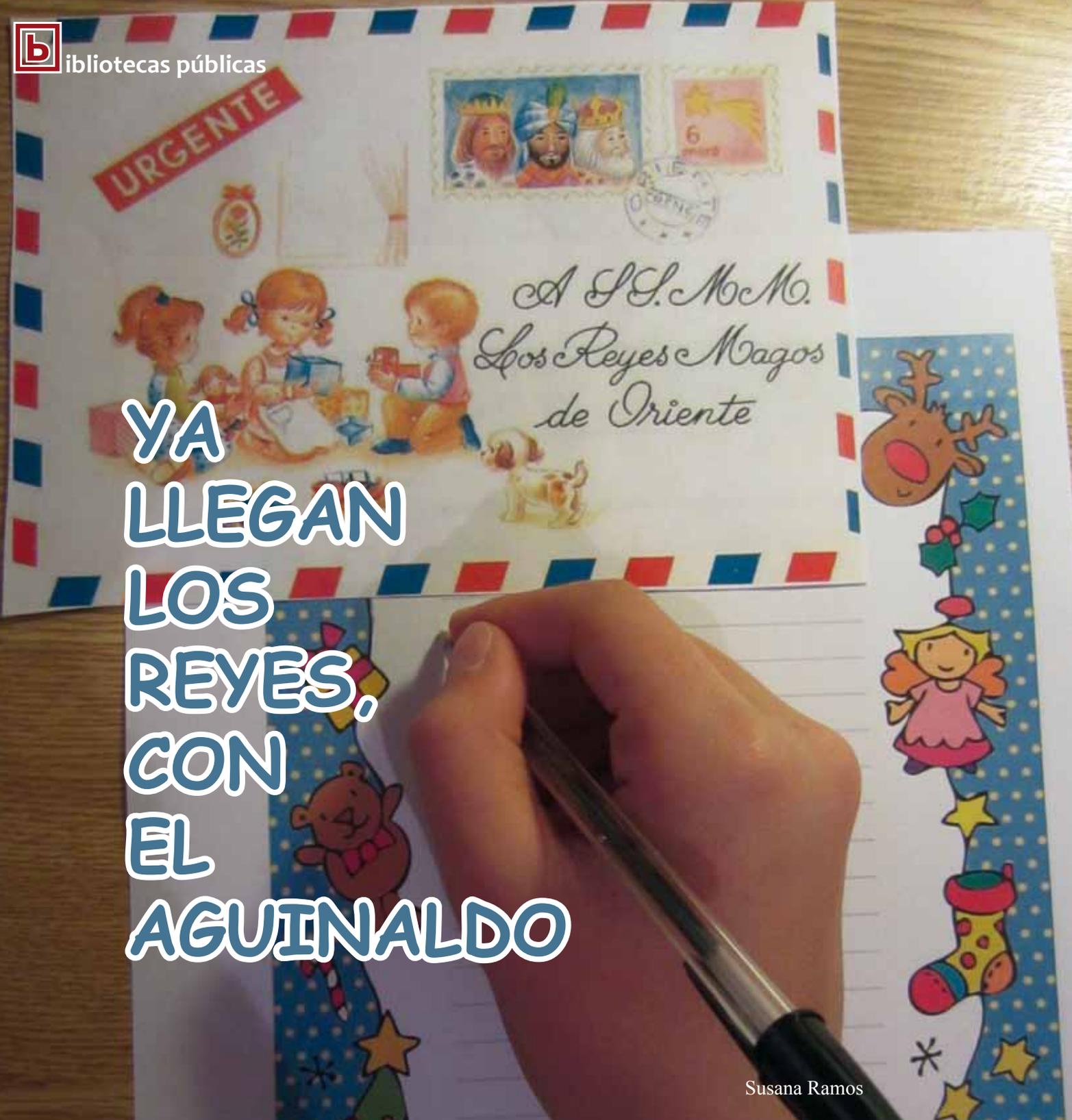


YA LLEGAN LOS REYES, CON EL AGUINALDO



Susana Ramos

Tras las vacaciones de verano, y con la intención de superar el síndrome postvacacional, nuestra bibliotecaria más irónica y salerosa nos cuenta qué ocurre o puede ocurrir cuando llegan las siguientes vacaciones, las de Navidad. Los regalos que recibimos, tanto familiares como por parte de nuestros jefes, ¿son los más acertados o mejor que esos Reyes Magos pasen cuanto antes? ¿Cómo será el regalo de Reyes de este año?

Querid@s compañer@s del metal, del vil metal, mis recientes vacaciones me han dejado de capa, y de lorza, caída (como la hoja otoñal). Estoy incorporada a la biblioteca y ya estoy estresada, pero no por el trabajo sino de pensar que no voy a tener tiempo de recuperarme para mis usuarios. Horrorizada porque a los kilos de las vacaciones voy a sumar los de las próximas Navidades, y adiós minifaldas bravas. Y deprimida porque sí, mi espeso y mis usuarios, ya me tenían poco respeto... ahora, entre el síndrome PV (Post Vacacional o, lo que es lo mismo, Ponte Vaca), el síndrome PB (Pre Báscula o, lo que viene siendo, Por Bocas) y el YLLR (Ya LLeغان los Reyes versus Yo LLoro Rabiosa)... me siento más débil y vulnerable, además de gorda. Seguro que más de una de mis usuarias se identifica conmigo y se siente como yo. Pero seguro también que se consuelan pensando en los regalos de Reyes: una falda, aunque sea de talla 48, una bicicleta, aunque sea estática, una comba para saltar, una

so lo “detallOSO” que es mi jefe, no como él. Pero a ver con qué nos sorprende este año. ¡Miedo me da! Porque éste tampoco es de los clásicos que regalan una caja de bombones. Ni sobres, tan de moda hoy. Sus presentes están cuidadosamente estudiados para resultar inolvidables, indestructibles, atemporales, sin derecho a cambio o devolución, “extraorbitantes”, o dicese increíblemente peculiares. Así que, yo, hace tiempo que pasé de creer en la magia de las navidades a creer en la magia negra, que es la que creo me han hecho.

Dice que lo bueno de sus regalos es que son colectivos, para compartir. Con él, con nosotros los bibliotecarios y, muchas veces, hasta con los usuarios. Y que, además, son formativos, pues redundan en beneficio de todos, porque estrechan los vínculos afectivos, que son la base para una buena comunicación y el trabajo en equipo. Eso sí, al margen de este encuentro festivo-laboral, su presen-



tabla de planchar que en verano te da juego para hacer surf, un perfume, aunque sea de los chinos y te produzca alergia, o unos sencillos pañuelos, ¡o unos clínex!... como regalan todos los maridos a sus esposas. Pero yo, como sé lo que me espera: un cero, conjunto vacío, no tengo consuelo. Y aquí estoy, tras el mostrador, llorando y limpiándome los mocos con la manga y no como Dios manda, y oliendo a “viejuna” revenida en vez de a perfume como una diva. ¡Y gorda como un obús!

Menos mal que siempre me quedará el regalo del concejal que, aunque daría mi reino por no recibir sus obsequios, me sirve para restregarle a mi espe-

cia, durante el resto del año, brilla por su ausencia, ¡a Dios gracias! ¿Y cómo se le dice que no, con el gasto hecho y la ilusión que pone? ¡Menudo compromiso!... Que digo yo, ¿los políticos no reciben cursos de formación laboral? No, claro, ¡qué boba! Ellos tienen asesores.

Pues, asesorado o no, mi jefe, que parece no jubilarse nunca, nos planteó, años ha, ir a comer todos juntos, en amor y compañía. Pero unos porque estaban a la cuarta pregunta, otros por no hacer sociales (somos un gremio muy autista) y el resto para evitar ser diana de mis estudios sociológicos, resulta que el hombre se encontró más solo que la una.

Pero, como siempre hay un usuario para un descosido, apareció “el pluma” (...no es indio, ni escribe, sino lo otro). Y allí que se le plantó, en un vis a vis, a declararle sus intenciones. Y, claro, en los pueblos, que todo se sabe... Pues pensamos que, con tal decepción: plantón y puesta su hombría en entredicho, dejaría la política y hasta de creer en los Reyes Magos. Pero, muy al contrario, aquí sigue, pilotando, regalando y empeñado en que seamos amigos.

El caso es que al año siguiente, para evitar un no por respuesta, dijo: “¡Invita la casa!” (prefiero no saber quién es la casa). Y, hala, todos a la sidrería y con menú cerrado: tostas de cabrales, fabes con almejas y de postre arroz con leche y un sobao *El Macho*. Todo esto regado con sidrina, que entraba suave y no dejaba de escanciar, se cogió una melopea de preocupar, viniéndose arriba en seguida. Primero entonando el “¡Asturiasss, patria queridaa...!” y luego, para que se notara que dirige la biblioteca, recitando a Espronceda: “Con cien cañones por banda, viento en popa a toda vela...”. Para, a continuación, como Bécquer pero a lo sobón (no sé si consecuencia de *El Macho* o para aclarar cualquier duda...) susurrarme al oído cosinas del tipo “¿Y tú

me preguntas, guapina, qué es poesía”, “Poesía, mi verde prao, eres tú” y no sé qué de unas vaques... Total, el resultado de aquella convivencia fue dos compañeras enfadadas conmigo, por no ser las piropeadas. Dos que se pusieron a régimen (se dieron por aludidas con las vaques). Dos compañeros, que se marcaron la misma “machada” del jefe (fabes, arroz y sobao), ingresados por obstrucción intestinal. Y un usuario “pluma” loco y desconsolado. Amén de mi trauma “cuando clava en mi pupila su pupila azul”.

Hubo otro año que nos llevó a una discoteca, también a gastos pagados y en comandita. Mis compañer@s, bibliotecarios serios –excepto yo por “bibliorina”– que desconocían lo que era un baile, acabaron, desmelenados y agarrados al concejal, bailando en plan conga, el “¡Follow the líder...!” ¡Madre mía! Eso sí que fue venirse arriba. El pobre no se había visto en otra: en cabeza y pilotando una fila de indios, por no decir de ridículos bibliotecarios. Yo pasé desapercibida hasta el “¡Ven, devórame otra vez!”, momento en que mi jefe, que no distingue la pierna derecha de la izquierda me sacó a bailar (es un decir, porque lo único que hizo fue pisar mis pies). Termina la música, termina de bailar y termina de pisarme los pies. Salgo cojeando de la pista cuando suena el tango “A media luz...” y aparece el que faltaba: el de la pluma. Me invita a bailar y pienso, o me deja en silla de ruedas o más de una envidiosa me deja de hablar definitivamente. El tío baila cual piuma al viento. Pero suena “Cachito mío” de Nat King Cole y me cambia por el concejal. Resultado de esta otra convivencia: dos compañeras mudas (se veía venir), dos compañeros cojos (lo intentaron con aquellas), un video en youtube (buscar concejal, usuario y capullito de alelí), y un jefe patoso recibiendo mis clases y, encima, gratis.

En las siguientes navidades, como el concejal veía que la relación entre nosotros era cada vez más tensa, decidió regalarnos una sesión grupal de coaching. Todos, en plan catarsis, poniendo de manifiesto, públicamente, las debilidades de los contrarios. Menos mal que fue desde el cariño y el respeto porque mis compañeros casi me sacan los ojos y hasta, por un momento, creí ser Janet Leight en la ducha de Psicosis, acuchillada por vari@s Anthony Perkins. Dentro de lo que cabe no estuvo mal. Me hice más fuerte. Y como arrieritos somos, me resarcí en la siguiente. Esta vez fui yo la que apunté a dar –y sí, a los ojos, pero no de la cara precisamente– en una jornada de paintball con la que nos obsequió en otra ocasión. Ahora no soy la única que las sufre en silencio.

En fin, para muestra ahí queda ese botón. El año pasado me libré del karaoke mediante el comodín de la llamada, alegando que estaba afónica, y parece que este año, quizá por aquello de la crisis, me voy a



librar también, pues pasan los días y no *news*, *good news*. Hoy llego a casa toda feliz sin mi no regalo y me encuentro a mi espeso de rodillas, suplicándome que le perdone y con un sobre en la mano (por un momento pienso que me va a indemnizar): “Cariño, discúlpame, no volveré a humillarte, no me reiré de tus artículos ni te llamaré gordita y, para compensarte, toma tus Reyes: dos entradas para que vayamos a un spa a relajarnos”. ;Joe, con lo bien que hubiera quedado con unos Ferrero Roché! Cojo el sobre pero haciéndome la desinteresada: “... ¿A ver?... Bueno. Pero me voy yo sola, que me das muy mal rollo a remojo y, además, así tengo para dos sesiones”.

Busco mi triquini, antes muerta que sencilla, y me voy para allá sin perder tiempo ni perder peso. Llego a la zona de aguas con las gafas medio empañadas y se me acerca un monitor: “;Señora bibliotecaria, permítame sus gafas”. ;Grrr, qué mala suerte, son una plaga! Tenía que haber venido con el traje de neopreno. Le pido dos toallas (mi cuerpo ya no se cubre con una) pero es demasiado tarde: ha abierto el grifo de la ducha sobre mí. Entro en una piscina que me lleva a su antojo, primero bajo unos chorros que casi me lisan, luego hacia una zona en la que parece que estoy haciendo rafting o bajada de cañones para, finalmente, caer en otra llena de caras conocidas y en la que el agua se mueve a borbotones. Se me antoja cual puchero de usuarios. Ellos son los garbanzos (todos negros) y yo el tocino. ;Ay, madre, y ahora acaba de sumarse el chorizo! (un antiguo político). Salgo como puedo y me meto a tientas en la sauna finlandesa. Hay un corrillo de gente sudando la gota gorda. Alguien de voz familiar comenta: “Menos mal que les hemos extraviado las invitaciones al concejal y a esa mala pécora porque si viene esa os juro que yo la ahogo”. Rompen todos (sin excepción) a reír, mientras yo abandono la sauna como un toro de Mihura. Me tapo la nariz y decido tirarme a otra piscina, pero esta vez en bomba, dispuesta a salpicar a todo el que se me ponga por delante. ;Lástima de presbicia! Eran las gélidas aguas de la Antártida. Salgo cual chicarrona del norte. Entro en el baño turco pero no vivo más pasión que la de ver a un hombre orondo, brillante (sólo por fuera) y luciendo bañador turbo: ;mi jefe, el Señor Concejal! Salgo de puntillas y me meto en el jacuzzi Zen. Cierro los ojos y,



esperando poder relajarme, no siento más que ciertas turbulencias bajo el agua. Abro los ojos y tengo a otro usuario en frente, riéndose. Pienso que si hay zona de barro, yo paso, por si acaso. Finalmente, para salir del circuito, no me queda otra que entrar en lo que llaman la centrifugadora. Y como decía Mayra Gómez Kemp, hasta aquí puedo leer.

Estoy de nuevo en casa y mañana, a pesar de todo, voy a ir a la biblioteca. Pero no sin antes haber enviado esta carta:

Queridos Reyes Magos: durante este año he sido muy buena. Por eso me haría mucha ilusión que, la noche de ustedes, me trajeran un saco de carbón (por favor, no cambien el orden de las dos letras centrales), un jefe nuevo (que no renueve en estas elecciones), un triquini que sustituya al que se fue por el sumidero del spa y un poquito más de paciencia para aguantar a mis OSOarios, que de mi marido ya me encargo yo.

Atentamente,

Una sufridora bibliotecaria. ▴